

Manual para primíparos*

Luis Javier Caicedo Pérez

Revisión del libro

EL APRENDIZAJE DEL APRENDIZAJE.

Una introducción al estudio del derecho.

Autor: Juan Ramón Capella

ISBN: 84-8 164-279-7

Editorial Trotta, S.A.

2a. Edición. Valladolid, 1998

¡Ey! ¡Estudiante!

Sí, usted, la de bluyines verdes. La de la 3ª fila de la 12ª columna al fondo. La que avanza distraída por la banda transportadora de la máquina de triturar cerebros en la fábrica universitaria. Venga, salga al frente y piense un momento en su rol y en su ética como estudiante.

La Editorial Trotta, de Madrid, ha publicado un libro buenísimo del profesor Juan Ramón Capella, titulado **El aprendizaje del aprendizaje. Una introducción al estudio del Derecho** (2a. Edición, 1998), el cual, pese a su subtítulo, está lejos de ser un ladrillado resumen de las 871 teorías jurídicas que en el mundo han sido, y en cambio es una formidable inducción a la vida universitaria, que ante la congoja que usualmente sobrecoge al estudiante de Derecho o de cualquier otra Facultad en los primeros semestres, le aporta un instructivo manual de supervivencia bajo el criterio abierto de que «sí hay otra manera de estudiar y de hacer».

Claro que el autor no abre el manual sin antes dejarle establecidas al estudiante algunas premisas:

«La universidad en la que entras no es una institución meramente educativa, sino también

una institución política. No te suministrará sólo conocimientos, sino que te dará un título (lo segundo con más seguridad que lo primero, todo hay que decirlo). Desempeña una función especial en la reproducción del sistema. Reproduce la división del trabajo al dotar a grupos de personas minoritarios socialmente de las cualificaciones necesarias para la realización de trabajo predominantemente intelectual, y, consiguientemente, al dejar desdotadas de esas aptitudes a todas las demás».

«Las titulaciones universitarias están protegidas por la fuerza coercitiva del Estado. En esto se parecen al derecho de propiedad».

«La función más destacable de los centros de enseñanza e investigación superiores consiste en proveer las condiciones necesarias para satisfacer la continuada exigencia del aparato productivo de trabajadores altamente cualificados para la teoría técnica».

«(La universidad consiste en un sistema de filtros que tiende a limitar la instrucción superior a las capas o sectores sociales identificados con el sistema económico-político dominante, a hacer relativamente *selectiva* la enseñanza superior (sobre todo la de alta calidad)».

Una breve selección de los mejores «consejos a los estudiantes» que este libro contiene, en versión libre y adaptada a nuestro medio, es la siguiente:

* Primíparo(a): se refiere a primer parto; por extensión se aplica, en el argot popular universitario, a los jóvenes que ingresan a su primer semestre académico.

- No se mantenga en la universidad por un título, como la vocación de un seminarista no se cambia por una canonjía.
 - Asista al menor número de clases («Supones que una parte fundamental de tu aprendizaje vas a realizarlo en las clases. Que tu primera obligación como trabajador consiste en ir a clase. Pues bien: este punto no está del todo claro, como se empieza a comprobar pasado el primer trimestre de asistencia a la Facultad. Advertirás que muchos estudiantes no van a clase, y que no todos los que no van a clase son precisamente «malos estudiantes»).
 - Invierta más bien su tiempo en leer, en su mejor espacio para la lectura, los materiales bibliográficos recomendados para cada curso.
 - No deje de asistir, sin embargo, a las clases de los profesores que todavía basan su pequeño poder en contar ovejas (cuide su permanencia formal en el sistema), pero trate de escabullirse luego que tomen lista.
 - La mayoría de los profesores son unos cafres. Detecte a los que no lo son y sáqueles todo el jugo que pueda, aunque sin extenuarlos (normalmente tienen genios espantosos y sus reacciones sometidos a presión son impredecibles).
 - Huya de las cátedras magistrales, salvo si, literalmente, al frente de la cátedra hay un verdadero maestro.
 - Prefiera las metodologías de seminarios (conversatorios de menos de 15 estudiantes, bajo la batuta de un profesor invisible, basado en lecturas previas y la exposición preliminar de un texto), aunque tenga en cuenta tres cosas: seleccione sólo seminarios cuyos temas acaparen todo su interés personal; un seminario le demandará un esfuerzo adicional al de las clases corrientes, y retírese si el profesor o un estudiante pretenden monopolizar la palabra o la razón.
 - Aproveche al máximo las posibilidades que le brinde la Facultad para organizar su propio currículo, pero busque un tutor buen pedagogo que le de la confianza para orientar su vocación, intereses y aptitudes con la mayor solidez y provecho personal y societario.
 - Ábrase a la transdisciplinariedad.
- *Dirige una parte de sus capacidades a la investigación. En el conocimiento nadie tiene la última palabra.*
- Si su pénsun no lo contempla, enfatice por su cuenta el estudio de la historia y de los tratadistas clásicos de su disciplina, así como de la historia de su país (mejor empezar por lo cercano, siglo XIX y XX).
- Léase el mayor número de libros (calidosos e inquietantes, se entiende) y piense seriamente que si la sociedad le subsidia la matrícula, usted (no necesariamente metido en la camisa de fuerza familiar), usted tiene el compromiso de ir formando su propia biblioteca o fonoteca, así como coleccionaba estampillas o camisetas negras en el colegio o como en la U. *sigue* coleccionando amores. Cuando vaya por la calle, no deje de detenerse en las librerías «Agáchese».
 - Apártese de las fotocopias tanto como pueda. La pelusa de la tinta causa cáncer y no reemplaza la tersura ni el aroma de los libros auténticos (concédase, sin embargo, alguna licencia con las ediciones piratas).
 - Las bibliotecas y centros de documentación de la Facultad, de la universidad, de la ciudad y, porqué no, del ciberespacio, son sus mejores aliados. Sea un activo usuario y no dude en solicitar que adquieran los títulos que a usted le interesan, aunque no sean de los de las clases.
 - Apague con más frecuencia el televisor (salvo en las finales de los campeonatos de fútbol), y conéctese a los cinematógrafos y a las emisoras culturales. Aunque no pretenda alcanzar y escanciar el misterio de la música culta, incluida de la Led Zepelin, mientras ejecuta sus tareas.
 - Haga el esfuerzo, empezando por morigerar nuestras resistencias o complejos culturales (los xenófobos no son sólo los germanos), por aprender a leer, escribir, hablar y comunicarse en una lengua extranjera; a entender otra u otras dos más, y a reconocer siquiera uno de los 66 idiomas aborígenes y criollos que se hablan en Colombia.
 - Ahorre dinero y alientos para sus libros y encarretes propios reservando la rumba-rumba para los ~~dicie~~ *dicie*mbrés, los matrimonios de los primos y las fiestas de guardar. Aficiónese, en cambio, a las ~~trullas~~ *trullas* bohémicas y trashumantes de ~~noches~~ *noches* de luna llena, sea lunes, ~~miércoles~~ *miércoles* o domingo.

- No es preciso acudir, para alcanzar la pristinez del universo cognosible, ala dama de los cabellos ardientes (¿Recuerda al autor de la «Balada de la loca alegría?»), pero tampoco la estigmatice. La opción y el riesgo de abrasarse en sus cabellos es de la intimidad de sus adeptos, no de la regulación del Estado. Además, desde siempre todas las culturas enajenan ritualmente parte de su racionalidad.
- No le escurra el bulto al activismo político de su tendencia al interior de la universidad.
- Ábrase a la pluriculturalidad, a la diversidad étnica, a la goja ecológica y al pluralismo político.
- En cuanto a lecturas, aparte de las propias de su carrera, identifique una bibliografía básica sobre ecología, antisexismo, pacifismo y no violencia, multiculturalismo y países jodidos, que constituyen las cuestiones sociales que interesan a sus congéneres en la España de hoy.
- Si hasta aquí ya empieza a asustarse, y se pregunta preocupado dónde quedan los deportes, las artes, las acampadas con la Madre Tierra, su trabajo cooperante con tal sector social o sus deberes de militancia, tranquilícese: No dude en enfatizarlas si ellas son sus prioridades por encima de la lectura. También se pueden asumir estas actividades con el criterio de que siempre hay «otra manera de estudiar y de hacer» para sobrevivir a la universidad. Groucho Marx (EE.UU.) solía decir: «Estos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros».
- Busque en las aulas, en los pasillos o en las cafeterías del campus sus parceiros, o por lo menos sus afines (no sus gregarios), para que, además de la infaltable social-bacanería, ejerzan el sagrado privilegio del diálogo ilustrado y del conocimiento del otro en términos de respeto mutuo, alrededor de un proyecto grupal de contenidos, debate fresco, y el desarrollo de actividades concretas dentro de la ciudad universitaria o en sus extramuros, donde siempre serán reconocidos

usted y sus compañeros como los universitarios («la flor en el culo», dice el autor español, con una expresión coloquial propia de una raza que a todas las horas hace sus necesidades fisiológicas en las hostias). Utilice para estas actividades (las del grupo, no las fisiológicas) los recursos de las oficinas de bienestar estudiantil o de extensión universitaria que fueron creadas para apoyar iniciativas como estas.

- Recuerde que la sociedad lo interpela como universitario a comprometerse en la defensa de los indios, de los bosques y de todo aquello que es justo, frágil y valioso, sea aquí, en Latinoamérica o en Nepal.

El autor del libro, Juan Ramón Capella, le garantiza, estudiante de bluyines verdes, que siguiendo estos consejos tal vez no alcance a ser abogada, bióloga ni filósofa, pero de seguro no habrá pasado en vano por una de las instituciones más interesantes de la reproducción de este aplastante sistema, y, con mayor certeza, al acatarlos no dilapidará en la ruca del aprendizaje tradicional los preciosos e irrepetibles años de la juventud.

Ahora bien, si quiere, vuelva a ocupar su puesto en la fila y columna asignadas sobre la banda transportadora de la máquina universitaria de descerebrar. ¡Pero antes me hace el favor de cambiarse esos horribles bluyines verdes!

Apostillas al manual anterior

No sería honesto dejar en tono de divertimento el formidable manual de inducción a la vida universitaria que nos aporta el profesor Juan Ramón Capella en su libro *El aprendizaje del aprendizaje*, sin hacer ciertas acotaciones necesarísimas que contextualicen dicho texto y los «consejos» del profesor Capella para el caso colombiano.

De la lectura se desprenden por lo menos dos circunstancias propias de la sociedad española y de Europa continental que no coinciden con las propias de nuestro país. La una, que dentro de la clasificación mundial de los sistemas de educación superior, la universidad de la península pertenece al sistema de la educación pública, es decir, que la organización de la universidad se sustrae de la iniciativa privada y es costeada con recursos de los contribuyentes, bajo la triple consideración de que no puede dejarse a la iniciativa particular la parte cenital de la reproducción global del sistema económico-político-cultural; que el acceso a la educación superior debe reflejar la igualdad de oportunidades entre la población, y que el retorno de la inversión en educación superior se mide en términos del progreso y la felicidad que alcance la sociedad y no en rentabilidad focal. En España la universidad privada apenas

está haciendo su aparición (¡Qué tíos tan atrasados! ¿O seremos nosotros los infieles a las mejores tradiciones de la Madre Patria?) (1). También hay que considerar en este campo de las clasificaciones una diferencia sustancial entre el esquema de universidad pública que maneja Alemania y el que maneja Francia desde Napoleón. Este último fue el que adoptaron los Libertadores cuando se organizó la educación en la primera Colombia a comienzos del siglo XIX (2)

Y la otra circunstancia que, debido a la democratización, al desarrollo económico, a la nivelación social (siempre incompleta) y a la inserción al mundo europeo que experimentó España a la muerte del generalísimo Franco, el estudiante promedio del sistema universitario español proviene de capas sociales equiparables con nuestros estratos 4 y 5, que Capella considera que dado su nivel de satisfacción de necesidades se identifican en general con el sistema económico-político dominante. Sólo una minoría proviene de sectores no hegemónicos de la sociedad, que se caracterizan por ser estudiantes que en su barrio o su subcultura son individuos perfectamente acoplados, pero que no lo son tanto al pasar a la subcultura hegemónica, que se dice «la cultura», donde funciona la universidad, y por tanto afrontan dificultades de adaptación derivadas de que presentan deficiencias en destrezas intelectuales básicas, como el habla, la escritura y la lectura, puesto que «desde el habla hasta los libros, todo es pobre en la casa del pobre», lo que les dificulta la adquisición de capacidades igualmente básicas: conciencia histórica y potencia de abstracción.

En Colombia las condiciones estructurales son antipódicas respecto de las españolas. Del total de instituciones de educación superior (266), 81 son oficiales (30%) y 185 privadas (70%), «con un creciente predominio del sector privado sobre el público en número de estudiantes y de instituciones (3). Y para las universidades de Antioquia, Valle e Industrial de Santander, la población estudiantil proviene de «más de 60.000 familias de colombianos, la mayoría de ellos pobres, pues en nuestras instituciones un 70% o más de los estudiantes son de los tres primeros estratos sociales» (4). Ojo. Tener cuidado en que los primeros estratos sociales no son los que están encima, sino los que están abajo. El lenguaje a veces engaña.

Le corresponde a los lectores, y a mi querida estudiante de bluyines verdes, sacar sus propias conclusiones.

Notas

1. «Las relaciones de saber y poder pueden entenderse bajo dos grandes modelos en occidente, particularmente

en Europa. El francés, en el cual el Estado se apropia del saber y lo considera como algo connatural a su existencia, contrapuesto al modelo británico en el cual el saber es un patrimonio de sus portadores (como en EE.UU. el petróleo del propietario del suelo. Nota fuera del texto). En el primer caso, el Estado asume obligaciones y responsabilidades; legisla, reglamenta y define no sólo las profesiones, sino la enseñanza, incluida, por supuesto, la superior. En Gran Bretaña (y en EE.UU.) las profesiones dependen de reglamentos elaborados por las agremiaciones profesionales y las universidades son consideradas preferentemente como un ámbito privado de los especialistas, patrocinadores y mecenas que concurren a ellas. El modelo chino del funcionario-burócrata, aunque particular y alejado de los tipos occidentales de legitimidad legal-racional, podríamos asemejarlo al modelo francés. Dejó una impronta tan resistente en la cultura política que no pudo ser minada ni por la Revolución china ni por una de sus manifestaciones más extremas: la revolución cultural». MARCO PALACIOS. «Colombia, ¿pueblo sin nación?», en *Lecturas Dominicales*, Bogotá, *El Tiempo*, 25 febrero 2001, pág. 2.

2. AUGUSTO FRANCO ARBELÁEZ y CARLOS TUNNERMANN. *La educación superior en Colombia*. Cali, FES, 1978.
3. QUEIPO FRANCO TIMANÁ VELÁSQUEZ. «La universidad pública y regional, un proyecto viable», en *Debates*, Medellín, Universidad de Antioquia, No. 28, enero-abril 2000, pág. 53.
4. JAIME RESTREPO CUARTAS. Carta al director del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar del 26 de febrero de 2001. Alma Mater. Medellín, Universidad de Antioquia, No. 486, marzo de 2001, pág. 9.